

—Y en cuanto á vuestro amante, señora dijo, esta mañana el cardenal me ha prometido el empleo del gobernador de la Bastilla; ya comprendereis que voy á tener su vida entre mis manos.

—Señor, replicó Gabriela, cuidado, Después de él tendréis que matarme á mí!

La reina permaneció dos días en San Germán con el rey y las dos Mancini.

Ana María se dirigió inmediatamente á la casa de sutio.

—¿El príncipe Conti no es de vuestro agrado?

—No, por cierto.

—Va á llegar á París; io veréis, es espiritual, encantador

—Bien sabéis que no tengo ambición y no cambiaré.

—Pues sea, dijo repentinamente el ministro, que queria contemporizar; pero si renunciáis para tí á un destino tan brillante, al menos ayudadme á conseguir que lo acepte una de tus primas.

En ese particular piensan de la misma manera que yo.

—¿Pero qué todas estáis coaligadas en contra mía?

—Hemos jurado delante de la Madona, ¿lo entendéis? de la Madona.

—¿Y qué juramento os habéis atrevido á hacer?

—El de no casarnos aunque se nos arrastre al altar.

—Se os arrastrará!

—Pues bien, poned en libertad á los que habéis aprisionado.

—No os comprendo, dijo Mazarino.

—Oh, monseñor, nada de subterfugios. Ese joven que encontrásteis en mi cámara, se encuentra en la Bastilla, estoy segura.

—Es verdad.

—Ordenad que quede en libertad.

—Consiento, dijo Mazarino con violencia.

—Firmad, monseñor.

—¿El qué?

—La orden. Debéis tener listas algunas órdenes en blanco.

—Después de todo, es bien posible, dijo Mazarino con

cierto aire de convencimiento, porque recordaba el interrogatorio de M. Tardieu, y firmó.

—Leed, dijo Mazarino, mostrando el papel á su sobrina.

Ana María leyó con los ojos y con el corazón:

«M. de Besmaux de Montlezum; os dirijo esta nota en nombre del rey para ordenaros que inmediatamente pongáis en libertad al caballero Artagnan. Dios os tenga en su santa guardia.

«ANA.»

—¿No tenéis una contraseña, monseñor?

—Toma, hizo Mazarino después de añadir su nombre al de la regente.

—¡Oh! gracias, tío, exclamó la joven derramando lágrimas de sentimiento de gozo.

—Un instante... dijo el desconfiado ministro.

—¡Ah! suspiró dolorosamente Ana María llevando la mano al corazón.

Mazarino señaló una magnífica Virgen de Rafael, colocada encima de una especie de altar cargado de bronces preciosos y que tenia la costumbre de contemplar diariamente horas enteras.

—Juro por esta Virgen, dijo él, casarme con el príncipe de Conti.

Ana María extendió la mano, el cardenal colocó el pergamino sin soltarle y sin extremecerse por la expresión de deslén que reinaba en el rostro de su sobrina.

—Juro, dijo la joven, casarme con M. de Conti.

Mazarino dió un grito de triunfo.

—¡Ah! me habéis perdido! exclamó Ana María, tomando el orden y dejando con precipitación el gabinete del ministro.

## XXIX

Cuando Mazarino volvió á palacio después de enviar á Barada á la Bastilla despachado del todo, llamó á M. de Navailles á su gabinete. Este llegó de muy mal humor porque la consigna dada al capitán de las guardias del cardenal lo habia hecho esperar, viéndose forzado á permanecer en el palacio, precisamente cuando según decia, su presencia era muy necesaria en su casa. El

cardenal no prestó más que una muy mediana atención á sus quejas y lo invitó á sentarse en un taburete colocado al otro lado de la mesa en el cual escribía.

—Navailles, le dijo con aquella voz melosa que sabía usar cuando necesitaba de alguno, ¿os repugnaria el hacer un viajecito?

—No, monseñor; sin embargo, eso dependería del país á donde quierais enviarme.

—¡Ah! con que tendríais preferencia por un punto dado?

—Madama de Navailles está enferma, monseñor, y el médico de Vuestra Eminencia le ha recomendado muy particularmente tomar las aguas de Forges.

—Convento en que esas aguas tienen virtudes sorprendentes, sobre todo, desde que fijaron allí su residencia el difunto rey, la reina y M. Richelien.

—Vuestra Eminencia quiere enviarme á Nantes?

—Precisamente.

—Acaso podrá arreglarse, monseñor, porque no lejos de allí están las aguas de la Plaine que igualan á las de Forges, según M. Guénaud.

—Entonces todo va bien. Escuchadme. Ireis inmediatamente á la Bastilla. Allí encontraréis al gobernador que os conducirá á una carroza en la cual se encontrarán instalados ya un prisionero, un escento y dos guardias. El prisionero llevará una máscara, y por más que os hable, vos no le responderéis una palabra. Si o dijere un nombre conocido de vos, si recordare relaciones antiguas, no le escuchéis es un loco.

—No deja de ser repugnante la comisión... y enojoso el viaje.

—Bien, Navailles, id, dijo Mazarino entregándole el papel, sobre el cual había escrito todas las instrucciones relativas á aquella expedición.

Detrás de Navailles á quien Champfleury hizo salir rápidamente del palacio por orden del cardenal, entró el teniente del crimen.

El cardenal se levantó, tomó el brazo de su capitán de guardias y abrió la puerta del gabinete.

Se detuvo repentinamente, una palidez mate cubrió su rostro, y aterrado, casi estremeciéndose, sus ojos se

fijaron en un hombre que sonriendo se apresuró á inclinarse delante de él.

Aquel hombre era Artagnan.

—Abrid las puertas, dijo el cardenal á M. de Champfleury entrando en su gabinete y cayendo en un sillón.

El caballero, marchando para atrás, había tenido cuidado de cerrar la puerta detrás de sí.

—¡Vos aquí!... dijo el cardenal.

—Sí, monseñor.

—¡Oh! hizo con admiración el cardenal —venis de la uyená? . . . .

—Directamente, monseñor. . . . .

Mazarino no volvía de su admiración, porque esperaba que el caballero le diriguiera mil reproches, puesto que conocía su franqueza y ya otras veces se había permitido ciertas familiaridades.

—Chut! monseñor, llegan á la puerta.

M. de Champfleury entró y dijo algunas palabras al oído del cardenal.

—Que entre, dijo la Eminencia. Artagnan, colocaos detrás de esa cortina. No os mováis y escuchad.

—Monseñor, heme aquí de regreso de Nantes, dijo.

—Muy bien. Y no habéis encontrado á ese prisionero en la Bastilla?

—No, monseñor; al menos así me lo ha dicho M. de Besmaux.

—Cómo! M. de Besmaux está mezclado en esto? exclamó Mazarino admirado.

Ah! he aquí lo que acaso os sorprenderá, monseñor. . . . M. de Besmaux no ha sido reemplazado todavía en sus funciones. Parece que el sucesor que le habéis dado, al saber que mi prisionero enmascarado estaba en libertad, ha dejado precipitadamente la Bastilla.

### XXX

El 15 de Agosto, tal como estaba decidido por las sobrietas del cardenal, hubo baile de máscaras en el Louvre, en honor del día de San Luis, cumpleaños del rey.

Las tres primas iban vestidas como el año anterior con dominós color de rosa.

Si Ana María estaba lejos de tener libre su corazón,

por su parte María Mancini comenzaba á temer no ser amada del rey tanto como lo hubiera querido.

—Mi querida Olimpia, decía un dominó negro después de veinte minutos de plática con la sobrina del cardenal, comprendéis que no puedo deciros en este sitio hasta qué punto os amo? Es verdad que no se me conoce, pero sin embargo, me parece que todos los ojos se fijan en mí.

—No temáis nada, Sire, y.....

—Chut! nada de tratamientos, soy vuestro amigo más íntimo, más ardiente....

—Oh! callaos, Sire.....

En aquel momento Ana María se detuvo repentinamente. Sintió doblársele las piernas y que rehusaban sostenerla y avanzar, y se sostuvo en su prima casi desfallecida: no pudo soportar el fuego de las miradas que se escapaban de los ojos que velaba una máscara de raso negro, que como dos flechas aceradas fueron á clavar en el corazón de la joven.

—Es él exclamó ella señalando á aquel nuevo máscara, y en voz tan baja que apenas pudo oírla María.

Y tuvo bastante fuerza para no alejarse, sino antes bien para marchar hacia él; pero de repente mudó de resolución y arrastró á su prima.

Una mirada del máscara reanimó su pensamiento atrevido.

—A las dos, en el extremo de la calle Vivienne, dijo ella con un acento de febril autoridad y una voz firme.

El máscara negro se inclinó y quedó como petrificado. Cuando levantó la cabeza, había desaparecido la visión.

### XXXI.

Desde su salida de la Bastilla, Artagnan estaba rodeado de espías.

Cuando salió del Louvre, tomó la calle de San Honorato, y cuando daba vuelta á la de San Dionisio para tomar la de los Lombardos, oyó detrás de sí un ruido de pasos, si no el roce discreto de un vestido de seda en el pavimento.

—Diablo! dijo, esto es más serio de lo que me esperaba.

Y apresuró el paso con dirección á la calle de Vivienne. Llegando al frente de la pequeña pared que guardaba el jardín del palacio Mazarino, oyó un ruido sorrido y como los esfuerzos de una lucha ahogada.

—A mí, Champagne! exclamó precipitándose al sitio en que la lucha tenía lugar.

Un solo hombre, de pequeña estatura, se defendía mal contra siete bandidos. Artagnan no vaciló, y seguido de su criado que, como antiguo soldado manejaba ventajosamente la espada, se echó sobre los asaltantes con esa destreza y esa furia que sabemos son irresistibles.

Cuando Artagnan, dueño de la plaza, se volvió hacia aquél á cuyo socorro no acudió tan á tiempo, no vió más que un cuerpo muerto, tendido en el suelo.

—No está muerto dijo Artagnan poniendo la mano en el pecho de aquel hombre, Champagne, amigo mío, no es muy pesado, añadió levantándolo, es preciso llevarlo á casa y cuidarle.

Champagne cargó el cuerpo del desconocido sobre sus hombros, y tomó sin hacer ninguna observación el camino de la calle Arcis.

Apenas habia dado vuelta á la calle de Petits-Champs cuando Artagnan vió abrir una puertecita en el muro del palacio Mazarino.

—¿Sois vos? dijo una voz débil.

—Sí, respondió sin vacilar.

—Venid.

Penetró en el jardín, y una mano delicada tomó la suya y le condujo hasta las habitaciones.

Se dejó llevar así, y únicamente se decía en su interior con embriaguez.

—Habeis querido hacerme matar, señor Mazarino; pero os lo perdono en gracia de esto..... mañana me haréis despedazar ó me echaréis en los calabozos subterráneos de la Bastilla, si lo queréis!.....

—Tanto mejor. Serán mis guardias predilectos, y me ocuparé de ellos con amor. En fin, quiero ser su capitán.

—Os tomo la palabra, sire, y figuraréis á la cabeza de los cuadros de oficiales.

—Perfectamente. Pero quiero que la primera compa-

ña tenga un teniente con el cual pueda yo contar como conmigo mismo.

—Designad ese gentil hombre, sire, dijo el cardenal con embarazo.

—¡Helo aquí! dijo el rey tendiendo la mano hacia Artagnan.

—¡Oh! gracias, mi rey, respondió el caballero arrojándose ante aquella mano y besándola con fervor.

—Vamos ahora á ver vuestros cuadros.

—Señor Artagnan, añadió, ya os reuniréis luego á nosotros.

—Caballero, ya sabréis que me caso con M. de Conti; no me hagais arrepentir de mi sacrificio.

—Un sacrificio!.....

—Lo he jurado!

—Jurado!

—Por la Madona, y no me arrepiento, porque merced á ello conseguí....

—Acabad, acabad.

—Oh! hizo Artagnan con un movimiento de horror es por mí!

—Carlos, obedezco á la razón de Estado.....

—Y bien, señor Artagnan, dijo el rey, acaba de decirme el cardenal que vais á casaros con madama de Flavimont.

—Siro, interrumpió Ana María, dudo que M. de Artagnan se case nunca con la persona de quien habla Su Majestad.

—¿Y por qué, señorita?

—Porque madama de Flavimont ha entrado desde hace ocho días en el convento de Carmelitas de Pontoise.

—Si, Sire, respondió el cardenal; pero ved un buen cuadro del divino Correggio; Sire, lo recomiendo á vuestra atención. Es el matrimonio místico de Santa Catarina.

—Las manos de santa son en efecto adorables! exclamó el rey, y este cuadro os verdaderamente de circunstancias, puesto que estábamos en el capitulo encantador del matrimonio.

María Mancinni no comprendía nada; pero Ana María deslizó estas palabras en el oído de Olimpia:

—M. de Artagnan fué quien salvó al rey de tu locura que iba á perderlo.

—¿Qué dices?

—Todo lo he visto desde mi balcón.

—Lo has visto!

—El rey pudo escapar de los asesinos, y pasó la noche en casa de Artagnan.

Olimpia Mancinni palideció, se apoyó en su prima, cerró los ojos y quedó sin sentido.

## XXXII

Quando Artagnan pensaba retirarse, se encontró de repente en un salon delante de la morena Olimpia Mancini,

—Señor Artagnan, le dijo, un día me dijisteis, hará un año según me acuerdo, que os hariais matar por mí.

—Yo solo señora.... Nodie, si lo queréis.... estoy pronto....

—Chut! hizo Olimpia alejándose con terror.... Chut! repitió tendiéndole su mano, que Artagnan besó incontinentemente como si besara la mano de una hermana.

Ana María Martinozzi se casó el 21 de Febrero de 1654, en Compeigne, con el principe de Conti. La rubia desposada, dice la «Gazette», iba vestida con un traje de terciopelo negro.

El cardenal dió al principe su sobrino, el gobierno de la Guayana, y el mando del ejército de Cataluña.

Olimpia Mancinni se casó poco tiempo después con el principe de Saboya, convirtiéndose en la «Condesa de Soissons.»

Bien sabemos todos que el teniente general, conde de Artagnan, capitán teniente de la primera compañía de mosqueteros de Su Majestad, fué muerto veinte años después en el sitio de Maestricht, en presencia del rey Luis XVI, quien sintió no haber tenido tiempo para hacerle mariscal de Francia.

FIN DE LA OBRA.

# El día 2 de Diciembre

SE PUBLICARA

la magnífica obra de Ponson du Terrail, titulada **La Misa Infernal**, novela fantástica y tremenda, agotada en todas las librerías.

La **BIBLIOTECA ESMERALDA** publicará por entregas **El Periquillo Sarmiento**, del Pensador Mexicano, Manuel Fernández de Lizardi, novela reconocida como el Quijote nacional, traducida á varios idiomas, y gloria de nuestra literatura.

La **BIBLIOTECA UNIVERSAL** publicará el día 28 de Noviembre, por tomos de á **Diez centavos** en la capital y **Veinte** en los Estados,

## El Conde de Montecristo

obra magna, traducida especialmente, íntegra.

Compárese la edición con otras truncas que existen

La **BIBLIOTECA DIAMANTE** está publicando **Nerón y Actea**, y luego dará á la luz pública

## — LA DAMA DE LAS GAMELIAS. —

Pídanse catálogos á Abraham Sánchez Arce, **Librería Diamante**, Calle Chiquita de Regina 2.

Apartado 25 Bis.

Teléfono 1,760.—México.

BIBLIOTECA  
PERLA.

LOS  
AMORES  
DE  
ARTAGNAN.



ABRAHAM SANCHEZ AREE  
EDITOR.

P  
A  
V